

MARES DE OLVIDO, PLAYAS DE ANSIEDAD

Una tarde de sol bajo el amparo sibilino del azar, el cielo tenido de añil me había revelado su silueta en la playa, su esplendorosa sonrisa nacarada por el elixir del amor que le anclaba en el corazón; sentimiento proveído por aquel quien consagrado a la efigie de sus formas le dejaba una tarde, tan solo el semblante desvencijado de quien lo ha perdido todo.

Transcurrió tiempo desde aquel aciago y soleado mediodía. Ahora me encontraba ahí sentado frente a una maldita botella de licor, ambicionando un vigor que hace mucho me había abandonado, evocando momentos felices a su lado; evadiendo cobardemente el camino que me conducía a la verdad, una que ella merecía. No habría momento indicado mientras las mentiras me carcomieran, el alcohol solo conseguía remover dentro de mí las evocaciones sobre asuntos de antaño, y en

el flamear de mis afectos sentía que la amaba desde lo profundo de mi ser.

Habían transcurrido cinco años de perenne matrimonio salpicado de rutina, reparos, desconcierto; azarosamente en nuestras vidas había ahora alguien más. Su nombre... Juan Felipe, nuestro hijo, quien contaba solo cuatro años. A pesar de él me sentía atrapado en un callejón sin salida, en el laberinto de Dédalo, sin unas alas de cera.

Una noche álgida, solitaria, de las tantas que concluían mis días enajenando mis noches, Román, mi gran amigo, al cual consideré siempre tácitamente más que eso mi propio hermano; me invitó a una fiesta organizada en el bar que frecuentábamos. No dudé el acceder a la invitación, con certeza requería un escape como en efecto ocurrió.

El reloj selló los minutos más entretenidos que había logrado en semanas, acompañado por rostros familiares, copas de bourbon e implícito otras sustancias que no es

ocasión mencionar. Finalmente, tiempo, azar y destino confabularon esa noche para hacerme conocer a una hermosa mujer, quien llegaría para confundir aún mas mi ya alterado razonar...su nombre era Carolina. Bastó cruzar un par de palabras para quedar prendado de ella, entretanto, un cantautor con aires de poeta grababa con el cincel de la verdad sus palabras en mi mente y yo levantaba mi copa celebrando su prosa.

“las despedidas son tristes, pero esta no lo será, me ha dejado su amor, también las olas del mar. Tal vez pronto regrese, a lo mejor ya no volverá, tantas veces he marchado, tantas otras resucité, sé que una vez más no me vendrá nada mal.

Necesito un adiós, quizá tan solo un abrazo, nada de esto lo esperaba, tampoco me hará ningún bien, ya no interesan sus cartas, sus llamadas, ni su amor...fuerza; fuerza y ganas que se desgastan. Me voy a pintar de colores la ciudad, la piel de aquellos que la

vida como un tren atropelló a su paso, me voy a respirar el aire puro, a jugar al futbol, fumarme algún habano morirme de la risa con algún porro prestado; mirar a mi linda vieja con sus cabellos pintados, con el corazón hinchao, me despido de este mundo con el sol, con el invierno en el lomo, con un traguito de whisky, un soul, una dama y su regazo, voy a tirarme al rio, despertarme en las noches, adiós, adiós...me voy a pensar el mundo...

En un lapsus inadvertido me derrumbé de nuevo, hasta quedar inmerso en el socavón de mi abatimiento. Carolina, ya no estaba a mi lado e imágenes confusas giraban en mi cabeza, acaso el efecto del alcohol, de la noche oscura o la luna llena danzando allá afuera como un gran trozo de queso, a punto de caer de la mesa. Probablemente, fuera ella sin pretenderlo, sin meditarlo; cuerpo de mujer, calor, sexo que se trasmutaba en la razón de mis memorias, trayendo de vuelta las imágenes

de la tragedia, la misma que confió una oportunidad al amor aquel día.

El vidrio traslucido de una botella medio vacía, atrapada entre líneas blancas como carriles de tren perdiéndose en la nada; el cristal que reflejaba sus facciones, la añoranza de tiempos mejores golpeándome de lleno en el rostro, aumentaba gradualmente mi galimatías.

El aroma de Diana, regresaba para viciar el aire que respiraba, las memorias de su amante tendido sobre el plomizo y gélido lecho, insinuaban como un suave susurro mis propias mentiras; develando mi verdadero rostro, lo que realmente era... la razón de todo eso.

¿Por qué engañarla en la forma más vil que podía hacerlo?

Tendría que decirle la verdad, era mi única salida, mi premisa.

Mi contrición se vio abruptamente interrumpida ante la presencia de Carolina, quien emergió de en medio de la pista de baile,

portando en su mano derecha un teléfono móvil el cual me aproximó al llegar a la barra – ¿Qué es esto? – Pensé –Un teléfono sin números en sus teclas, no podía entenderlo, era idéntico al que usara en aquella época que probaba exorcizar de mis recuerdos; pero aparecía ahí detonando frente a mí sin previo aviso.

–Es tu contacto en Sicilia–mencionó ella–te llamará en unos segundos, te pido no intentes escapar de nuevo–

– ¿Que ocurría? – La confusión se hacía cada vez mayor.

Al observar a Carolina, mi piel se erizaba, la suya era misterio, pasión, desenfreno; ¿Quién era esta mujer? Naufragué entre conjeturas, mientras mi corazón se obstinaba en recordar a Diana, sentía que todavía la amaba, adivinando que un amor tan especial no se esfuma radicalmente. Si bien aquella tentación seguía a mi lado; no importaba la llamada ni la incoherencia de sus frases, tampoco el

remordimiento que lentamente me mataba. Era un juego simplemente eso, debía serlo.

Otra vez quedaba extraviado en el jardín de mis pensamientos, recordando el afecto incondicional de Diana, y la sed que me allegaba con sus movimientos Carolina, mientras la vida se me hacia un dos por tres.

–Dios, ¿Cómo salir de este laberinto?

– ¡Riiiiinnnggg! – El sonido estruendoso del aparato telefónico ahora en mis manos, me hizo sobresaltar y con recelo oprimí la tecla receptora.

–Si, diga usted–

Nada escapó del audífono, tan solo un silencio absoluto interrumpido sin más, por un ligero dejo de interferencia; pero estaba seguro que alguien me escuchaba del otro lado de la línea, podía percibirlo como si esa persona contuviera el aliento.

– ¿Si diga? ¿Quién llama?– insistí– Solo silencio...al instante la llamada interrumpida.

–No deberían atenderse todos los llamados–reflexioné.

Si aquel mediodía hubiese continuado mi camino sin prestar mayor atención a esa pareja, a lo mejor mi vida habría sido distinta; sin la carga de la compasión pesándome sobre el lomo. Con la amarga sensación que aquel desdichado, obtenía un final afortunado contrapuesto con el mío, pues en definitiva, amó sin restricciones ni temor; sin deliberación alguna respecto de sus sentimientos, simplemente batallando para estar junto a ella. Desestimando la idea que una tarde asoleada sería el asfalto de una deslucida ciudad, que nunca se detendría ante su ausencia, el abrigo final para un sentimiento herido de muerte.

Mientras yo me desvanecía como el humo de un cigarro, entre las formas de dos mujeres que afligían mi existencia; sin poder acertar el verdadero amor en esa encrucijada o la simple avidez de sosegar mi propio vacío afectivo alimentado largo tiempo, ese mismo

que minutos antes de cruzar aquella avenida, bajo el fatídico sino de sombras inexpugnables, me empujaría al borde de la locura; esa donde habitarían Diana, y luego también Carolina.

– ¡Mierda! Preferiría creer que el amor no existe, que el ser humano es tan solo instinto–.

Ansiaba tomarme unas vacaciones mentales, partir hacia un bosque libre de conceptos, perderme en mi propia jungla de emociones; en lugar de eso, conseguía paradojas, imágenes que me apremiaban, anarquía mental.

– ¿Cual era la realidad?–

Me sentía perdido en un universo inédito donde múltiples miradas me acechaban, juzgando mi vida como un infierno voluntario, exclusivo, del cual nadie podía redimirme.

Venido de un lugar de quimeras asomó en mis manos un cuchillo ¿de donde provenía? Ninguna respuesta esclarecía la incógnita; lo observé durante unos segundos, la hoja de

metal reflejaba mi imagen que al instante se distorsionaba, instituyendo la iconografía del momento justo cuando aquel joven fuera ultimado. Podía verme de nuevo sobre aquella acera, esta vez era yo quien sostenía en mis manos el cuchillo ensangrentado. La patrulla policial se aproximaba obligándome a huir...

– ¿Era posible? ¿Realmente asesiné a ese hombre? –

Debía estar soñando seguramente a causa del efecto del alcohol y las drogas ¡no podía ser yo, no tenía ningún sentido! Sin embargo, ¿Qué hacía esa tarde justo en el lugar de los hechos?

La confusión regía mi mente –¿Era yo un asesino?–

– ¡Obviamente no! debía liberarme de ese teatral escenario que me forjaba en la débil víctima de sibilinas casualidades–debo hacerlo me repetía a mi mismo–

Probablemente solo se trataba de analogías morales, al sentir que estaba

apuñalando el amor de Diana, y Carolina, sacrificando su afecto sin que ellas pudieran saberlo.

– ¡Si, debe ser de esa manera, simplemente soy un asesino del amor! –me dije.

No obstante, aquel cuchillo ensangrentado podía simbolizar al mismo tiempo, la verdad rasgando las entrañas de Diana, el día que la verdad le fuera revelada de mis labios, la casualidad o el destino; que sé yo...solo intuía que en consecuencia la mataría de dolor, desbordando toda la infamia que albergaba en mí sobre ella.

Lo sabía, podía ocultarlo ante todos, pero en mis entrañas palpitaba una certeza ineludible cuyo epígrafe era categórico; sobre la muerte de un pobre infeliz, había edificado los pilares que sustentarían mi ambicionada felicidad. La sentencia era demasiado elemental: nada bueno pudo emerger de tal suceso, erigido sobre semejante egoísmo.

Ahora mi alma avergonzada intentaba escapar de ese desierto emocional que transitaba cada día, ahogándome en llanto, delineando la misma escena cada noche, evitando que mis parpados cedieran ante el agotamiento; anegando mi olfato con el olor de su sangre, impregnando mi vida con su muerte.

—¿Me dejaría derrotar? acaso cuando la voz en mi cabeza dejara de clamar que debía ser valiente, que debía olvidar e intentar amar esta existencia que llevaba, renunciar a los recuerdos, dejar de dañarme—

No quería razonar estaba harto de todo eso, era el amo de mis actos, el dueño de mi cuerpo; haría lo que correspondiera para escapar de esa enajenación—me reclamaba a mi mismo—

Desconecté mi cerebro dejando que el tiempo se desvaneciera, perdido en el rudimento de un territorio desconocido, consintiendo que el silencio me liberara. Un profundo temor me embargaba, dudaba de

todo, empero, redimía mis lastres, mis delirios, mis emociones, mi adicción al dolor; la mano huesuda de la muerte. Todo en contexto se transformaba, ahora me transmutaba en un monstruo vacío.

Esta emancipación me ayudaba a dar un mejor uso al receptáculo que habitaba mi cabeza, intuyendo que mis actos fueran promovidos por el amor y en nombre del amor todo valía. No debía sentirme desolado, de a poco iba derribando el desconcierto que me destruía, repentinamente todo se esclarecía: ¡debía buscar ayuda!

HERIDAS SANGRANTES DE UN SENTIMIENTO INCURABLE

Comprendí en seguida que solo me había restringido al compilar mis penas, en el fardo de mis aislamientos. Razoné que la mano

siempre tendida de mi buen amigo Román, continuaba brindándome su apoyo; desde críos nos hicimos grandes amigos y él permaneció junto a mí en los peores momentos, como un ferviente cómplice. De modo que decidí procurar su consejo visitándolo en su domicilio. Así lo hice sorteando las seis cuadras que distanciaban su vivienda de la mía, respirando el aire cargante de la ciudad.

Al llegar oprimí el frío timbre metálico el cual emitió su fachosa resonancia. Del interior escapó el golpeteo de pasos avanzando. La puerta crujió revelando finalmente, la figura de Román, quien sonrió al verme.

–Que tal hombre ¿Cómo va todo?– saludé.

– ¡Por qué traes esa cara!– exclamó – pensé que te daría alegría visitarme después de tanto tiempo ¿dónde te habías metido? vamos, sigue...sigue–

– ¿Después de tanto...?—pensé—si tan solo la semana pasada... ¿Cuánto tiempo había pasado?

Quedé vencido fruto del desconcierto, pues en mis pensamientos recordaba haberlo visto hace pocos días, pero en realidad su recibimiento indicaba un prolongado alejamiento.

– ¡Carajo mi imaginación no dejará de torturarme!—cavilé

Román, me miraba fijamente con cierto dejo de extrañeza, mientras me invitaba a instalarme en el sofá. Seguido con su habitual gesto fraterno consultó:

– ¿Bien amigo, qué es lo que ocurre? No te ves nada bien—

Tan solo oír su pregunta los confines de mi entereza se desbordaron de agitación, tantos sentimientos entremezclados, largamente reprimidos, formaron una asfixiante trabazón en mi garganta; mis ojos se inundaron de lágrimas y con voz estremecida ansíé

aligerar en el abuso de la amistad, la pesada carga que sobrellevaba.

–Román, necesito tu consejo–imploré

–Por supuesto, sabes que puedes hablar conmigo–expresó él.

–Amigo, antes que nada agradezco que hayas estado conmigo en todo momento–expresé, entonces di inicio a mi desahogo– Tú sabes mejor que nadie cuanto la he amado. Como un condenado rumbo al cadalso quien se aferra al último rayo de luz que abriga su ser, como si se tratara al mismo tiempo del último centelleo de vida. –y proseguí–la verdad es que me perdí en el inmenso mar de sus ojos melancólicos, quedando extasiado en el calor de su ser. Sin ningún recelo de estar entregando mas amor de aquel que ella me proveía. Ese mi amigo, fue mi gran error, mi culpa, mi tragedia; aquella que debo soportar a cuestas carcomiendo las entrañas, asintiendo un espantoso secreto del cual mi razón quiere escapar, pues creo ser yo quien contrató a los

hombres que dieron muerte a ese pobre desdichado—

— ¿De que hablas?—preguntó Román, con pasmo y el rostro desencajado—

—No lo sé, realmente no lo sé. Llegan a mi estas imágenes como fragmentos de un rompecabezas que no logro articular. Solo acierto revalidar lo que ya sabes: como un imbécil me enamoré extraviado en su aroma, seducido por los contornos de su grácil figura, su rostro terso, su piel rozagante; por las formas redondeadas de su prominente busto y el vaivén de sus armoniosas caderas, que se movían como si se tratara de un baile al compás de alguna música de moda—

Román, simplemente observaba sin articular eufonía ninguna que acertara o dimitiera mi relato, así que continué.

—Justamente ese fue el vendaje que encubrió la artimaña, agazapada en la oscuridad de un rincón desde el cual, arremetió

con su aire de reina; atestando con su filosa hoz un golpe mortal sobre mi ingenuidad—

No recuerdo haber concluido mi dialogo con él, simplemente la circunstancias me ubicaron nuevamente solo en el espacio mismo de mi residencia. Engorrosamente ahora, la confusión resultaba mucho mayor; sin lograr atinar si aquella conversación realmente se había sucedido o tácitamente los fragmentos de mis pensamientos me jugaban una nueva treta, haciéndome sentir cientos de voces diferentes que habitaban dentro de mi cabeza, tan solo para atormentarme.

La desesperanza me ubicó de nuevo en la noche que conociera a Carolina, ¿Quién era yo? ¿Aquella inusual llamada podría tener una respuesta?

Para entonces no conseguía la sutileza en mis recuerdos, empezando a sospechar de mi propia existencia.

Román, ¿quién era él? ¿Acaso un invento cerebral? que iba y venia a su antojo o

efectivamente, un amigo que estaba ahí para escucharme, brindándome algún consejo. Eso o uno mas de mis delirios, una quimera que asentía proscribir mi propio ser, haciéndome libre de invadir a un ser imaginario con mis irracionales demandas, con extravagantes sucesos; como si de algún modo pudiese crear una mente sin rumbo para usar a mi antojo. Mas aquel juego resultaba demasiado riesgoso, so pena de perderme para siempre en la confusión, quedando atrapado en aquella telaraña de sentimientos, en la frustración de emociones irreales.

Mientras infería quienes eran estas entidades que arrumbaban mi razonar, de la nada emergió una voz, manifiestamente la de Román, como si una pieza extraviada del rompecabezas surgiera abruptamente para encajar en el.

—Amigo, todo en la vida tiene una razón nada es casualidad, entiéndelo, habitar al interior de un castillo erigido de mentiras es una

muerte lenta, demasiado dolorosa. Solo puedo sugerirte sigue con tu vida, ten paciencia, ya veras que lo restante caerá por su propio peso—

De nuevo esa intermitencia se desvaneció rápidamente.

Sorprendido, más que eso, plenamente confuso me hallé en el salón principal del apartamento, sentado sobre el sofá anhelando la compañía y el afecto de Diana, tanto como la pasión de Carolina.

Demasiados vacíos agobiaban mi existencia, debía tomar una decisión que aliviara el apremio que agitaba el torrente que recorría mis venas, aunque doliera; sin importar partir mi alma en dos y en la oscuridad de la noche que se avecinaba, mientras repasaba en mi mente las grafías de la acera donde nació esta historia, la sentencia era sucinta: solo la verdad me liberaría. Acaso ¿Perderla sería el precio?

Finalmente, Diana, regresó a casa. El viejo reloj cuckoo heredado de la abuela, cuya

ave debía haber muerto al interior de la maquinaria, ya que nunca más volví a verla, señalaba las ocho y treinta de la tarde.

Cerró la puerta tras ella y con total indiferencia cruzó el pasillo que conducía a la cocina, sin molestarse siquiera en darme el saludo.

– ¡Que carajo ocurre contigo!–vociferé– siempre es lo mismo, llegas aquí ignorándome como si se tratara de un perfecto desconocido.

Las discusiones eran cada vez mas frecuentes entre nosotros, ninguno de los dos era la misma persona, sin duda, ella sabia que algo andaba mal, que dentro de mí el estampido de la irracionalidad, de la autodestrucción, se albergaba como un monstruo de mil cabezas; ese que en ocasiones suele absorber el raciocinio. Una bomba de tiempo a punto de detonar, una a la que nadie se acercaría sin su traje de antiexplosivos emocional. Podía entenderla, supongo que lo hacia, sin embargo, era

inevitable la frustración y el enojo que aquello me generaba.

Ella guardo silencio y me miró casi con lastima, con un evidente dejo de desprecio.

¿Qué más podía decirle? Era algo que yo mismo había procurado.

Entonces en mi cabeza retumbó lo que ya sabía: aquello no podía continuar, la revelación que su corazón anhelaba debía emerger.

–Diana, debo hablar contigo–dije – con las emociones hechas un nudo, sabiendo que mi cobardía no era una opción.

El ambiente se cargó de ansiedad, vacilaciones, murmullo de traiciones, aullido de mentiras.

Se sentó en el sillón frente a mí, desde su llegada no había abierto la boca, ninguna exclamación salía de sus cuerdas vocales; su mirada inquisitiva me atravesaba como una lanza, era seguro ella lo sabía, simplemente

quería escucharlo de mi, y de esa forma poder odiarme mas.

El momento había llegado ¿Qué haría? No podría huir, no en esta ocasión. Román, no estaría ahí para socorrerme.

Las palabras principiaron a brotar como la más amarga de las hieles; de pronto el maldito pájaro del reloj, saltó justo en ese instante del que pensé su féretro y por primera vez en mucho tiempo exclamó su trinar, burlándose de mí, asistiendo al espectáculo de mi condena. El silencio de Diana, me desmoronaba, a medida que avanzaba mi relato sus ojos se cristalizaban de llanto, aun así, su afonía se eternizaba. La testificación se dilató tornándose perenne, con todo, una vez iniciada ansié continuar revelándolo todo, ya no importaba, ambos lo merecíamos; luego cada uno sabría que decisión tomar.

Cuando concluí ella se ahogaba en el llanto del odio, del infortunio, de la transgresión de su amor; aún así, en ese momento prefirió

guardar silencio alejándose en dirección al cuarto y sentada sobre el dintel de la cama continuó desahogando su tristeza. Avancé tras ella intentando acercarme, pero me rechazó de inmediato.

A partir de esa noche la ciclópea distancia que nos separaba se hizo mayor, elevando además entre nosotros un bloque de hielo del tamaño de un iceberg. Su indiferencia me destrozaba el alma, la tristeza irradiada en su semblante me recordaba la razón de su apatía, lo cual me lastimaba todavía más al no poder remediar tal situación.

Por esos días ella debió dejar la ciudad a cuenta de algunos asuntos laborales. Y en la privación de su presencia supe que la extrañaba, que aspiraba esa compañía una vez grata, y el calor de sus abrazos. Su ausencia me inundó de desasosiego durante una semana que se estiró, multiplicando y engrosando los minutos; tiempo durante el cual tan solo añoraba rodearla con mis brazos,

acariciar su pelo, besar sus labios, su piel;
estar dentro de ella y en la cúspide del éxtasis
olvidarlo todo.